

**El juego social como segunda naturaleza.
Una crítica a la concepción mcdowelliana de la agencia intencional**

JUANA REGUES
(UNS)

RESUMEN

John McDowell (1994) sostiene que la participación en las prácticas lingüísticas dota al ser humano de una segunda naturaleza esencialmente conceptual, la cual le permite ser un genuino agente intencional. El aprendizaje lingüístico genera el desarrollo de las capacidades conceptuales que habilitan el distanciamiento de sus necesidades biológicas inmediatas para decidir qué pensar y qué hacer. Los animales, por el contrario, al no poseer una segunda naturaleza lingüístico-conceptual, se relacionan con su entorno simplemente reaccionando a estímulos de acuerdo a los imperativos biológicos que rigen sus vidas. De acuerdo con el autor, incluso los comportamientos complejos que no parecen responder a funciones inmediatas, como el juego, deben ser considerados como meras respuestas a una necesidad biológica. Esta caracterización limita el fenómeno de la agencia intencional a los seres humanos adultos y cognitivamente normales. El presente trabajo tiene como objetivo establecer un análisis crítico de esta concepción de la agencia. La primera sección reconstruye la noción de agencia intencional que sostiene McDowell. La segunda sección reúne sus argumentos contra la agencia animal. La tercera sección discute la idea de que el lenguaje sea condición necesaria para acreditar como genuinos agentes intencionales. Se argumenta que la capacidad de actuar intencionalmente no depende de un dominio elevado de los conceptos aportado por el lenguaje, sino del dominio de habilidades prácticas y

sociales. Finalmente, la cuarta sección ofrece un enfoque alternativo de agencia intencional basado en los aportes realizados por la psicología comparada y la etología cognitiva en torno al juego social.

PALABRAS CLAVE: McDowell – Juego social – Agencia intencional – Animales – segunda naturaleza

ABSTRACT

John McDowell (1994) argues that participation in linguistic practices endows human beings with a fundamentally conceptual second nature, enabling them to be genuine intentional agents. Linguistic learning fosters the development of conceptual capacities that allow for the distancing from immediate biological needs to decide what to think and what to do. In contrast, animals, lacking a linguistic-conceptual second nature, relate to their environment by simply reacting to stimuli in accordance with the biological imperatives governing their lives. According to the author, even complex behaviors that do not seem to respond to immediate functions, such as play, should be regarded as mere responses to a biological need. This characterization limits the phenomenon of intentional agency to adult and cognitively normal human beings. This paper aims to provide a critical analysis of this conception of agency. The first section reconstructs McDowell's notion of intentional agency. The second section presents his arguments against animal agency. The third section discusses the idea that language is a necessary condition for accrediting as genuine intentional agents. It is argued that the capacity to act intentionally does not depend on a high-level mastery of concepts provided by language but on the mastery of practical and social skills. Finally, the fourth section offers an alternative approach to intentional agency based on insights from comparative psychology and cognitive ethology regarding social play.

KEY WORDS: McDowell – social play – intentional agency – animals – second nature

Introducción

En el ámbito de la filosofía de la acción, cuando hablamos de acciones intencionales nos estamos refiriendo a aquellas acciones que son guiadas por estados mentales intencionales. Los estados intencionales son estados que poseen la propiedad de ser sobre otra cosa. Por ejemplo, las creencias y los deseos son estados de un sujeto cuyo contenido refiere a algún estado de cosas del mundo. Existe una tradición filosófica que plantea que los estados intencionales adquieren su contenido conceptual en tanto estos se encuentran articulados en una red de inferencias.¹ Es este tipo de contenido el que nos permite comprender el mundo y actuar en él. Dentro de esta tradición, McDowell asume la postura más extrema al sostener que la capacidad para conceptualizar interviene incluso en nuestra percepción.

La filosofía de la acción ha estudiado la capacidad de los seres humanos de realizar este tipo de acciones, la relación entre los estados que la motivan u orientan y los aspectos racionales que intervienen en dicha relación. Sin embargo, en muchas ocasiones estos estudios han dado por sentado que esta capacidad es única de los seres humanos, estableciendo como básicos ciertos conceptos que solo habilitan la conclusión de la excepcionalidad humana. Un rasgo común a este tipo de enfoques es que dejan de lado o tienen problemas para explicar el paso de la etapa prelingüística a la etapa lingüística plena del ser humano.

En el presente trabajo me propongo analizar críticamente la concepción de la agencia intencional de John McDowell, según la cual los seres humanos son los únicos animales capaces de actuar intencionalmente. De acuerdo con este filósofo, nuestra segunda naturaleza, la cual es esencialmente lingüística, es la que nos habilita a actuar por razones. Aquí argumentaré que esta tesis no se encuentra garantizada por los argumentos que ofrece McDowell y desarrollaré una serie de contraargumentos provenientes de la literatura crítica. Una vez demostrado que la tesis mcdowelliana se encuentra insuficientemente sustentada, ofreceré un enfoque

¹ Ver SELLARS, W., *Empiricism and The Philosophy of Mind*, Harvard University Press, 1997; BRANDON, R., *Make it Explicit: Reasoning, Representing, and Discursive Commitment*, Cambridge, Harvard University Press, 1994; MCDOWELL, J., *Mente y mundo*, Salamanca, Sígueme, 2003.

alternativo de las habilidades conceptuales que debe tener una criatura para poder actuar intencionalmente basado en el juego social en animales. Dicha caracterización no vincula las habilidades conceptuales con la capacidad lingüística, sino con el ejercicio de habilidades prácticas que pueden ser aprendidas por la criatura.

En la primera sección reconstruiré la concepción de McDowell sobre la agencia intencional. En la segunda sección, desarrollaré la caracterización que hace del tipo de subjetividad y de actividad propia de los animales los animales: el de una protosubjetividad que solo percibe su entorno como una sucesión de problemas y oportunidades. En la tercera sección expondré algunos de los argumentos provenientes de la literatura crítica en contra de la idea de que la capacidad de dar y pedir razones es condición necesaria para actuar por razones. Finalmente, en la cuarta sección presentaré un enfoque alternativo de la capacidad conceptual que no requiere competencia lingüística, sino que depende del ejercicio de ciertas habilidades prácticas. Argumentaré que este tipo de habilidades conceptuales se encuentra presente en el juego social. En este contexto, los animales resignifican su entorno y son capaces de actuar por razones, en virtud de tal resignificación.

1. McDowell y la agencia intencional

Para entender cómo caracteriza McDowell la agencia intencional es necesario establecer, en primer lugar, cuál es el objetivo principal de su proyecto filosófico. Dado que su proyecto se enmarca en un diálogo con autores modernos y contemporáneos, esbozar una reconstrucción de la perspectiva mcdowelliana requerirá, en segundo lugar, precisar qué acuerdos y distancias guarda con dichos autores.

En su obra principal, *Mente y mundo*,² McDowell plantea que su objetivo principal es recuperar la idea aristotélica de que un ser humano maduro y normal es un animal racional, en el cual su racionalidad forma parte intrínseca de su animalidad. Para apoyar esta idea, utiliza una doble estrategia. En primer lugar, retoma la distinción kantiana entre la sensibilidad y la espontaneidad, y sostiene que la idea de que existe una diversidad sensible que es moldeada por los conceptos es

² MCDOWELL, J., *Mente y mundo*, Salamanca, Sígueme, 2003.

ilusoria. La idea de que a la experiencia sensible se le aplican capacidades conceptuales para que el sujeto pueda experimentar el mundo como fenómeno es lo que este autor denomina El Mito de lo Dado. Para evitar caer en este prejuicio filosófico, nuestra naturaleza sensible (es decir, nuestra parte animal) debe involucrar necesariamente capacidades conceptuales (nuestra parte racional). En segundo lugar, retoma la idea wittgensteiniana de que la naturaleza humana es en gran parte una segunda naturaleza. De acuerdo con esto, los seres humanos “nacen como animales y se transforman en pensadores y en agentes racionales”³ a través del aprendizaje del lenguaje. Al formarse en el uso de un lenguaje el ser humano aprehende las conexiones racionales entre los conceptos. Así pues, el lenguaje funciona como un depósito de la tradición en el cual se acumulan históricamente dichas conexiones.⁴

Una de las razones por las cuales McDowell intenta recuperar la noción aristotélica del humano como animal racional es para evitar caer en una visión errónea de la agencia y del papel que cumple la corporalidad. Al concebir las facultades racionales por fuera de lo corpóreo, como lo hacen Descartes y Kant, el cuerpo y todas sus capacidades se conciben como objetos ajenos al agente: la capacidad de actuar se equipara a comandar un objeto extraño a través de la voluntad y nuestra capacidad como agentes se ve limitada a nuestra dimensión mental. La noción de sujeto que resulta de este tipo de concepciones es la de un yo que funciona como un mero punto de vista formal y que no parece guardar relación con la experiencia de un animal perceptivo. McDowell se opone a esta imagen ya que no cuadra con la relación activa que tenemos con nuestro cuerpo. Pensar al ser humano como animal racional significa concebir un yo que necesariamente es un cuerpo y cuyos movimientos son (al menos algunos de ellos) sus capacidades conceptuales en acto, no meros efectos de estas.

Otra consecuencia que conlleva la separación del entendimiento y la sensibilidad es la división de las facultades humanas según una falsa dicotomía. Por

³ *Ibid.*, pág. 198.

⁴ Qué constituye una razón para una cosa es algo que puede ser modificado históricamente. La incorporación a un lenguaje no sólo implica un aprendizaje de una tradición que nos es dada, sino también la posibilidad de reflexionar críticamente acerca de las relaciones racionales que se establecen entre los conceptos.

un lado, la capacidad de mover el cuerpo propio pertenecería al ámbito de lo natural, es decir, el reino de las causas y de lo mecánico. Por otro lado, el pensamiento correspondería al ámbito de lo racional, esto es, de lo normativo. Sin embargo, para McDowell, al aprender un lenguaje el pensamiento permea la sensibilidad y la moldea de tal manera que nuestra naturaleza se torna conceptual en sí misma. Esto implica que pensar y mover el cuerpo intencionalmente no son dos facultades de distinta naturaleza en el ser humano, sino dos tipos de actividad que resultan de nuestra segunda naturaleza lingüístico-conceptual. Así como las percepciones son una concreción de nuestra naturaleza sensible, las acciones corporales intencionales son concreciones de nuestra naturaleza activa.⁵ Tanto la naturaleza sensible como la activa requieren las capacidades conceptuales que nos brinda el lenguaje. Sin conceptos que den contenido a nuestras intenciones, los movimientos corporales serían meros sucesos, no acciones.⁶ De este modo, el ser humano es un animal cuyos movimientos corporales intencionales exceden el ámbito de lo mecánico y forman parte del ámbito de las razones.

En su intento de unificar el aspecto racional y el animal propios del ser humano a través de una noción de segunda naturaleza, McDowell sobre-intelectualiza la agencia y la caracteriza como un fenómeno que no admite grados. Ser capaz de mover el cuerpo propio a voluntad no es suficiente. Ser un genuino agente significa ser un sujeto ampliamente racional con capacidades conceptuales sofisticadas. Esto se debe a que la noción de segunda naturaleza que opera como unificadora de lo animal y lo racional es esencialmente lingüística. Para McDowell transformamos nuestra animalidad al incorporarnos a las prácticas lingüísticas propias de nuestra comunidad. Las capacidades conceptuales que se encuentran en potencia en el ser humano se desarrollan al incorporar esta segunda naturaleza. Esto nos permite, no solamente incorporar conceptos, sino también ser capaces de evaluar las relaciones de apoyo que existe entre estos. En otras palabras, desde esta perspectiva la posibilidad de ser educados en el lenguaje es lo que nos brinda la distancia epistémica para evaluar las propias razones y eso, a su vez, es lo que nos permite manejar conceptos.

⁵ MCDOWELL, J., *Mente y mundo*, Salamanca, Sígueme, 2003: 151.

⁶ *Ibid.*, pág. 150.

Sin embargo, McDowell mismo se demarca de posturas sobre-intelectualizadas de la acción. Concretamente, se muestra crítico del enfoque de Sellars, el cual demanda la capacidad de planificar y de representar como requisitos para actuar.⁷ De acuerdo con este enfoque, la acción es el resultado de un proceso de razonamiento práctico basado en la transición inferencial entre intenciones. McDowell rechaza esta perspectiva porque implica una separación entre el ámbito del pensamiento y del comportamiento. Como contrapartida, propone un enfoque que tome en cuenta aquellas acciones corporales que se ejecutan de forma espontánea y sin mediación de una orden mental explícita. Este enfoque concibe la acción como el ejercicio irreflexivo de una habilidad, la cual se manifiesta como una respuesta inmediata a los elementos específicos de una situación. El pensamiento no es un mero punto de partida de la acción, externo a la misma, sino que modela las acciones en sí mismas.⁸ En consecuencia, podemos decir que tal acción es no pensada, dado que se realiza de forma irreflexiva e inmediata. Al mismo tiempo, podemos decir que está modelada por el pensamiento ya que las capacidades conceptuales impregnan incluso este tipo de acciones.

La capacidad para actuar de forma espontánea e inmediata (*absorbed coping*) es considerada la base sobre la cual se desarrolla la capacidad para deliberar sobre lo que pensamos y hacemos.⁹ Aunque no todas las actividades prácticas y cognitivas de los seres humanos involucran actividad lingüística, la forma en que el lenguaje se convierte en nuestra segunda naturaleza hace que la discursividad (y por lo tanto la operatividad conceptual) se encuentre presente incluso en las actividades irreflexivas.

En tanto las capacidades conceptuales están presentes en la acción, ésta pertenece al ámbito de las razones. Pertenecer al ámbito de las razones significa

7 MCDOWELL, J., Pragmatism and intentional action, en: CALCATERRA, R. M (Ed.), *New perspectives on pragmatism and analytic philosophy*, New York, Rodopi, 2011: 119-128.

8 Ver MCDOWELL, J., Pragmatism and intentional action, en: CALCATERRA, R. M (Ed.), *New perspectives on pragmatism and analytic philosophy*, New York, Rodopi, 2011: 125. McDowell acepta la influencia que tiene G. E. M. Anscombe en su concepción de la agencia intencional. Que la acción intencional esté ligada a la noción de razón práctica no quiere decir necesariamente que sea el resultado de un razonamiento práctico. Uno puede actuar por razones sin un razonamiento práctico previo. Ambos autores se apoyan en la concepción aristotélica de la acción según la cual actuar es sacar la conclusión de un razonamiento práctico, es su culminación.

9 MCDOWELL, J., The myth of the mind as detached, en: SCHEAR, J. (Ed.), *Mind, Reason and Being-in-the-world. The McDowell-Dreyfus debate*, Londres, Routledge, 2013: 53-54.

mantener relaciones racionales de apoyo con estados intencionales como las creencias y los deseos cuyo contenido es proposicional. En este sentido, actuar por razones es sinónimo de actuar intencionalmente.¹⁰ Ahora bien, ¿de qué forma las capacidades conceptuales modelan la acción? De acuerdo con McDowell, un agente actúa intencionalmente cuando comprende el concepto de lo que está haciendo.¹¹ En contraposición al mero comportarse, actuar es hacer que algo cuente *como* algo concreto. Un caso donde el agente se comporta, pero no ejecuta acciones intencionales, son aquellos donde las normas sociales básicas (mantener cierta distancia con otra persona, etc.) operan inconscientemente. En cambio, la acción intencional requiere la comprensión de que los movimientos que se realizan se enmarcan en un contexto normativo que les da un propósito y un sentido. Por ejemplo: no decimos que está jugando al fútbol todo aquel que corre y golpea una pelota con los pies, sino aquel que lo hace con otras personas, en una cancha, intentando meter la pelota en un arco.

La comprensión de los movimientos que se ejecutan no necesita ser completa. Incluso aunque el agente no tenga la totalidad de los conceptos que constituyen el sentido completo de su acción, la acción igualmente acredita como intencional. Si el que patea la pelota no sabe lo que es una pelota, su acción es intencional de todas formas porque posee el conocimiento de que pateó algo, es decir, estaría respondiendo al concepto de "patear".¹² Además del conocimiento de lo que está haciendo, en el fluir mismo de la acción el agente posee el conocimiento de por qué hace lo que hace. Por esta razón, para McDowell ser un agente equivale a ser un agente ampliamente racional: involucra la capacidad de poder dar cuenta de por qué se ejecutan ciertas acciones y esto, a su vez, requiere pensamiento de segundo orden.

2. McDowell y los animales sin lenguaje

10 MCDOWELL, J., Pragmatism and intentional action, en: CALCATERRA, R. M (Ed.), *New perspectives on pragmatism and analytic philosophy*, New York, Rodopi, 2011: 119.

11 MCDOWELL, J., The myth of the mind as detached, en: SCHEAR, J. (Ed.), *Mind, Reason and Being-in-the-world. The McDowell-Dreyfus debate*, Londres, Routledge, 2013: 41-58.

12 Según esta perspectiva, los casos límite de agencia son aquellos en los que el agente responde a la pregunta "¿por qué hiciste eso?" con un "no lo sé". Es un caso límite porque, aunque el agente no pueda citar su razón específica para hacer tal cosa, reconoce su acción como intencional y su respuesta tiene sentido y coherencia.

Según esta caracterización de la agencia intencional, los seres humanos adultos que no poseen ninguna disminución cognitiva son los únicos que pueden ser considerados agentes en un sentido pleno. Para enfatizar este punto, McDowell dedica la última conferencia de *Mente y mundo* a profundizar la distinción entre el ser humano y el resto de las especies animales. A continuación, se expondrán los principales argumentos que este autor sostiene contra la posibilidad de la agencia animal.

Para enfatizar la diferencia que existe entre el modo de existencia humano y el de los animales sin lenguaje, McDowell plantea que estos no poseen experiencia interna (es decir, subjetividad). A su vez, sin subjetividad no es posible tener experiencia externa (esto es, mundo objetivo). En su negativa ante la posibilidad de pensar una subjetividad animal, McDowell le discute a Evans¹³ y a Nagel¹⁴ su concepción según la cual compartimos la percepción con los animales. Más específicamente, repudia el enfoque sobre la sensibilidad animal que plantea que los sentidos les brindan un contenido no conceptual que les sirve para representarse el mundo. Como se explicó en la sección anterior, sostener que el material que nos brinda la experiencia es reconfigurado por los conceptos es caer en el Mito de lo Dado. Las capacidades conceptuales, una vez desarrolladas, son inseparables de la sensibilidad. A su vez, antes de su desarrollo, no se puede decir con propiedad que percibiéramos algo. La afección de nuestros órganos sensoriales por parte de estímulos externos no equivale a tener una percepción. Percibir es tomar cierto estímulo como un X particular. Es “ver algo *como* algo”. En tanto que los animales no poseen capacidades conceptuales, ya que no poseen lenguaje, no podemos decir que sean capaces de “ver *como*”. En este sentido, los animales no son capaces de percibir en un sentido estricto.

De acuerdo con el enfoque de McDowell, la actividad de los animales se limita a la reacción a los aspectos salientes de su entorno:

Ello no significa que las características del entorno no sean nada para un animal perceptivo. Por el contrario, pueden constituir problemas u oportunidades para él [...].

La cuestión es simplemente que hemos de distinguir entre el afirmar tal cosa y el

13 EVANS, G., *The Varieties of Reference*, Oxford, Clarendon Press, 1982.

14 NAGEL, T., “What Is It Like to Be a Bat?”, *Mortal Questions*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979: 165-180.

afirmar, en cambio, que el animal conciba tales características como problemas u oportunidades.¹⁵

Esta concepción no equivale a relegar el comportamiento animal a un mero automatismo al estilo cartesiano. Este tipo de enfoques se encuentra en las antípodas de lo que McDowell pretende apoyar. El punto que pretende enfatizar es, más bien, que no es necesario atribuirles una subjetividad a los animales. Con apelar a su sensibilidad perceptiva no conceptual es posible dar sentido a sus vidas. Dicha sensibilidad es suficiente para dar cuenta de la autonomía de sus movimientos, pero no para dar cuenta de una auténtica consciencia frente al mundo. Más bien, constituye una proto-subjetividad.

¿Cómo se caracteriza la proto-subjetividad? La sensibilidad perceptiva de los animales incluye emociones, sensaciones y estados psicológicos primarios como el temor, la dicha y el dolor. Sin embargo, al no tener consciencia del mundo, dichos estados y emociones no son tales para la criatura. En otras palabras, el animal experimenta ciegamente su dolor, su temor o su goce. Simplemente los atraviesa, sin distinguirlos o pensar en ellos: “Sólo para una subjetividad hecha y derecha puede equivaler el sentir dolor o temor a la consciencia de un estado de cosas interno”.¹⁶ Por esta razón, McDowell insiste en que no tiene sentido atribuirles emociones o algo interno a modo de compensación por la incapacidad de conceptualizar, porque dichos estados no lo son para el animal.

La falta de subjetividad implica, a su vez, la imposibilidad de poseer un mundo objetivo, dado que las representaciones del mundo son tales solo para un sujeto. McDowell retoma esta idea de la filosofía kantiana. Plantea que el mundo objetivo se le presenta únicamente a un sujeto autoconsciente, es decir, a un sujeto que puede atribuirse a sí mismo experiencias. En términos del propio autor “la espontaneidad del pensamiento (la capacidad conceptual) es la condición del mundo y del yo. Las criaturas sin capacidades conceptuales carecen de autoconsciencia y de experiencia de la realidad objetiva”.¹⁷ En ausencia de conceptos, los animales serían incapaces de reformular su visión del mundo como respuesta racional a su captación de la realidad. Más concretamente, serían incapaces de pensar sobre sus creencias,

15 MCDOWELL, J., *Mente y mundo*, Salamanca, Sígueme, 2003: 186.

16 *Ibid.*, pag. 192.

17 *Ibid.*, pp. 182-183.

de reconocer que están equivocadas y de modificarlas en consecuencia. Sin esta distancia epistémica entre el sujeto y sus experiencias, tampoco sería posible cambiar de actitud hacia el mundo y decidir libremente cómo actuar.

El segundo argumento que McDowell utiliza para establecer que a los animales no humanos no se les puede atribuir comportamiento intencional es de influencia gadameriana. Gadamer¹⁸ distingue el modo de vida animal, el cual se desarrolla en un entorno, y el modo de vida humano, el cual genera un mundo. De acuerdo con este enfoque “una vida meramente animal está configurada por metas cuyo control sobre el comportamiento de un animal en un momento dado es el resultado inmediato de ciertas fuerzas biológicas: un mero animal no sopesa razones ni decide luego qué hacer”.¹⁹ Siguiendo a Gadamer, McDowell sostiene que una vida que se desarrolla de esta forma no se desenvuelve en un mundo, sino que meramente vive en un entorno.

A diferencia del mundo, el cual adquiere objetividad para el sujeto que es capaz de distanciarse de sus propias experiencias y razonar acerca de ellas, el entorno no es más que una sucesión de problemas y oportunidades que se constituyen como tales en función de los imperativos biológicos del animal. En ausencia de capacidades conceptuales que le permitan concebir las características de su entorno *como* problemas u oportunidades, el animal se limita a reaccionar a dichas características de acuerdo a los patrones conductuales típicos de su especie. Es un modo de vida que se caracteriza por estar inmerso en su actividad y por responder únicamente a necesidades de primer orden y se limita a lo que le sale al encuentro.

Por su parte, poseer el mundo no quiere decir abandonar el entorno, sino más bien ser capaces de resignificarlo y de establecer relaciones entre sus diversos aspectos. Es en este aspecto que radica la particularidad del enfoque de McDowell, a saber, que incluso al nivel de la percepción los seres humanos operamos con nuestras capacidades racionales en su totalidad. Los conceptos nos permiten identificar un objeto como algo verde, lo cual se convierte en una razón para identificarlo como un objeto espacial y como algo que no es rojo. Así pues, realizar

18 GADAMER, H. G., *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme, 2006.

19 MCDOWELL, J., *Mente y mundo*, Salamanca, Sígueme, 2003: 184.

una identificación práctica se convierte en una razón para moverse en una red de inferencias.

El hecho de poseer un contenido conceptual en nuestras percepciones establece una diferencia entre el comportamiento humano y el de los animales. Mientras que nuestras percepciones pueden constituirse en razones para actuar de una forma determinada, la percepción animal solo genera una respuesta (conducta) a una causa (estímulo). Pongamos por caso el siguiente ejemplo. Es posible enseñar a un loro a discriminar entre objetos rojos y verdes. Incluso podemos enseñarle a decir la palabra “rojo” cada vez que ve un objeto rojo. Sin embargo, esto no significa que exponerlo ante el estímulo rojo le dé una razón para pronunciar esa palabra. La emisión de esos sonidos es una respuesta condicionada y ciega en la que no media comprensión. En cambio, cuando un ser humano ve algo rojo, esta percepción se convierte en una razón para actuar en función de su apreciación de que eso es rojo.

El modo de vida humano, permeado por los conceptos, va más allá de la inmediatez de las necesidades biológicas, permitiéndonos decidir qué pensamos y hacemos en función de razones. Lo que caracteriza la agencia es esta distancia que nos permite relacionarnos con lo que nos rodea por fuera de las coerciones de la necesidad biológica, a saber, desde la libertad. Esta es la noción de libertad que pone en juego el ejercicio de las habilidades conceptuales, la cual habilita un modo de vida en el que tiene sentido hablar de responsabilidad ante lo que se cree y lo que se hace. El individuo libre, es decir, el genuino agente intencional es aquel capaz de considerar razones para un curso de acción. Su acción es, en todo caso, un comportamiento que siempre puede ser justificado.

Según lo dicho hasta aquí, McDowell distingue la protosubjetividad de los animales de la subjetividad al menos en tres aspectos. En primer lugar, en el tipo de contenido mental que manejan. Mientras que los seres humanos poseen estados mentales representacionales con contenidos conceptuales, los estados psicológicos y emocionales de los animales no son conceptuales. Esto genera una diferencia en la significatividad que implica tener un mundo, en contraposición a meramente habitar un entorno ya que dichos estados no son intencionales. Para el que habita

un entorno, las cosas parecen estar ahí en calidad de *affordances*,²⁰ es decir, como aspectos salientes a los que la criatura responde de modo irreflexivo. En cambio, para aquel que posee un mundo, lo circundante se encuentra dotado de sentido. Poseer mundo es significar el entorno, esto es, poder establecer las relaciones entre los aspectos que constituyen el entorno.

En segundo lugar, la subjetividad y la protosubjetividad se distinguen en el tipo de cognición que implican. Los seres humanos somos capaces de tomar distancia de nuestros pensamientos, es decir, somos capaces de pensar acerca de ellos, de ponerlos en duda y de establecer vínculos racionales entre ellos. En cambio, los animales viven inmersos en sus estados, los experimentan sin ningún tipo de distancia.

En tercer lugar, estas dos formas de subjetividad implican distintos tipos de comportamiento ante el mundo. Mientras que las capacidades conceptuales habilitan la posibilidad de actuar por razones, las criaturas sin conceptos simplemente responden a causas. Las capacidades conceptuales les permiten a los sujetos distanciarse de sus estados y poder decidir libremente qué hacer. En otras palabras, les brindan razones para actuar incluso desde el nivel básico de la percepción. Esto los convierte en genuinos agentes, cuyas acciones son producto de su facultad racional, incluso aquellas que no son previamente reflexionadas. Por el contrario, el comportamiento de los animales es autónomo, en el sentido de que el origen de sus movimientos se encuentra en ellos mismos. Sin embargo, no es libre ya que no poseen estados intencionales, por lo que su sensibilidad no aporta razones para su comportamiento. Es en este sentido que son incapaces de distanciarse de los imperativos biológicos que los gobiernan.

3. Razones sin lenguaje: el “tomar como” y las transiciones prácticas

Según lo dicho hasta aquí, McDowell pretende subrayar la diferencia que existe entre el modo de vida de los animales y el modo de vida humano. De acuerdo con esta distinción, los animales no pueden ser considerados genuinos agentes, ya que no poseen espontaneidad en el sentido kantiano. Al mismo tiempo, McDowell le

²⁰ Este término hace referencia a las condiciones que posee un entorno o un objeto para la implementación de ciertas acciones o comportamientos por parte de un sujeto.

da valor a la intuición de que el tipo de actividad del animal (o al menos la de los animales más complejos) es esencialmente distinta a la de los objetos inanimados, los cuales responden diferencialmente a su entorno. En este punto se aleja de concepciones como la de Brandom²¹ que sitúa a los animales en la misma categoría que, por ejemplo, un metal que responde a la humedad de su entorno oxidándose o un termómetro que reacciona a la temperatura del ambiente. Así pues, el intento de señalar estas diferencias sin comprometerse a caracterizar de forma positiva el tipo de conciencia del entorno que poseen los animales da como resultado una imagen confusa de su subjetividad. En lo que sigue, desarrollaré brevemente algunos de los principales problemas del enfoque mcdowelliano sobre el modo de vida animal que se han señalado en la literatura crítica.

El primer aspecto problemático tiene que ver con la necesidad de tener pensamiento de segundo orden para actuar intencionalmente. Recordemos que, para McDowell, lo que nos hace agentes intencionales es nuestra capacidad de evaluar si nuestras razones justifican o no la acción y de explicitar la razón por la cual actuamos. Esta capacidad involucra pensamiento de segundo orden, es decir, pensamiento sobre los pensamientos de primer orden (aquellos que son acerca de objetos y de estados de cosas del mundo). Demanda que seamos capaces de entender lo que es una razón para luego entender que lo que nos motiva a actuar es una razón y, en función de esta, realizar la acción.²² No obstante este tipo de argumento corre el riesgo de caer en una regresión infinita. Si postulamos que el requisito para tener pensamiento de primer orden es tener pensamiento de segundo orden, entonces el requisito para este tipo de pensamiento es el pensamiento de tercer orden, y el requisito de este es el pensamiento de cuarto orden, etc. Así pues, no queda claro por qué los pensamientos de segundo orden son necesarios para tener pensamientos de primer orden.

21 Ver BRANDOM, R., *Make it Explicit: Reasoning, Representing, and Discursive Commitment*, Cambridge, Harvard University Press, 1994.

22 Ver MCDOWELL, J., *Having the World in view*, Cambridge, Harvard University Press :130. Allí afirma que "Tener el concepto [de peligro] requiere que un sujeto pueda responder a la peligrosidad como la razón que es. Y eso requiere la habilidad para considerar la peligrosidad en una explicación del razonamiento".

El segundo aspecto problemático, estrechamente vinculado con el primero, es el criterio que postula McDowell para poseer conceptos. De acuerdo con Kalpokas,²³ la capacidad para responder a razones en cuanto tales no es condición necesaria para caracterizar ciertas habilidades como conceptuales. Es conceptual y empíricamente posible pensar que una criatura posea pensamiento de primer orden, que actúe por una razón y que pueda corregir sus acciones, aunque sea incapaz de tener pensamiento de segundo orden. Kalpokas sostiene que el hecho de que McDowell conciba la capacidad de reflexionar sobre las propias razones como requisito necesario para que las capacidades que intervienen en la percepción, en los razonamientos básicos sobre el entorno y en la acción intencional sean conceptuales es un residuo intelectualista proveniente de su herencia sellarsiana:

[McDowell] parece haber forjado su concepción de lo que son las capacidades conceptuales a la medida de lo que Sellars llama “el espacio lógico de las razones”, esto es, el espacio ‘del justificar y ser capaz de justificar lo que uno dice’.²⁴

Así pues, es necesario reevaluar la importancia que se le atribuye al lenguaje como condición de posibilidad de la conceptualización y, por lo tanto, de la acción intencional. Recordemos que según McDowell: (a) ser un agente depende de la posesión de capacidades conceptuales; (b) las capacidades conceptuales son un producto emergente de iniciarse en la práctica de dar y pedir razones que solo el lenguaje puede proporcionar; (c) los animales no poseen lenguaje, por lo tanto (d) los animales no pueden ser agentes. Aquí el aprendizaje del lenguaje se presenta como una condición *sine qua non* para la acción ya que es lo que genera la distancia epistémica necesaria para evaluar qué cosa funciona como una razón para otra cosa:

El aspecto del lenguaje que realmente importa es más bien este otro: que un lenguaje natural [...] sirve como depósito de la tradición, como un almacén de sabiduría acumulada históricamente acerca de qué constituye una razón para qué cosa. Esa tradición está sujeta a modificación reflexiva por parte de cada generación que la hereda.²⁵

23 KALPOKAS, D., “Percepción y mentes animales”, *Revista de Filosofía*, 2018; 43 (2): 201-221.

24 *Ibid.* pag. 209.

25 MCDOWELL, J., *Mente y mundo*, Salamanca, Sígueme, 2003: 199.

Sin embargo, como se mencionó antes, ser capaz de evaluar qué cosa funciona como una razón para otra no es un requisito para responder a razones. Sin lugar a dudas, el lenguaje es imprescindible a la hora de dar reportes que hagan inteligibles las acciones de un agente y a la hora de reflexionar críticamente acerca de la bondad epistémica de una razón. No obstante, esto no lo convierte necesariamente en la condición para actuar en función de algún aspecto del mundo.

Kalpokas distingue la práctica de justificar del estar justificado. La práctica de justificar, es decir, la práctica de dar y pedir razones, demanda necesariamente competencia lingüística. El estar justificado, por otro lado, tiene que ver con tener una razón que apoye una creencia o una acción, lo cual no requiere necesariamente un lenguaje. Por ejemplo, un gato podría estar justificado a trepar un árbol si percibe que en las cercanías hay un perro. El hecho de que perciba al perro *como* una amenaza hace que su acción de treparse al árbol se encuentre justificada, aunque no pueda expresar lingüísticamente su razón ni pueda argumentar por qué es una buena razón para treparse al árbol.

Para McDowell, el lenguaje se presenta como un fenómeno que se encuentra siempre en marcha, en el cual el ser humano es entrenado y a partir del cual es posible el desarrollo de sus facultades racionales. Lo que posibilita dicho desarrollo es que este “involucra conexiones presuntamente racionales entre conceptos, conexiones presuntamente constitutivas del espacio de las razones”.²⁶ En otras palabras, lo que hace que el lenguaje sea primordial es que permite articular inferencialmente los conceptos, manteniendo ciertos vínculos racionales entre ellos, como la consistencia y la coherencia.

Ahora bien, ¿es la articulación inferencial una capacidad exclusivamente lingüística? Si aceptamos el enfoque de McDowell según el cual el lenguaje tiene prioridad en la conformación de los procesos racionales, entonces la respuesta será necesariamente afirmativa. Sin embargo, como se intentó mostrar en esta sección, McDowell no ofrece buenas razones para sostener el carácter prioritario del lenguaje. Más bien, este se postula como un producto de su herencia intelectualista. En cambio, si adoptamos un enfoque alternativo en el cual lo prioritario para la competencia conceptual sea el ejercicio de cierto tipo de habilidades práctico-

²⁶ *Ibid.* Pag. 198.

corporales, sería viable pensar que una criatura sin lenguaje articule de forma activa su percepción de los estados de cosas con respuestas conductuales en función de algún aspecto que sea significativo para ella.

Un enfoque de este tipo es viable si tomamos los conceptos de forma práctica como un “tomar *como*”, es decir, como el resultado del ejercicio de una habilidad práctica. La idea central aquí es que el animal aprende ciertos procedimientos típicos de un grupo y, al ejercitarlos, resignifica su entorno de acuerdo con los aspectos relevantes que intervienen en dichos procedimientos. Así, este se vuelve capaz de hacer transiciones inferenciales prácticas del siguiente tipo: tomar esto *como* un X implica asumir hacia esto la actitud Y. Este tipo de transiciones no requieren lenguaje y, a medida que el animal gana experticia, pueden ser ampliadas. En lo que sigue, argumentaré que existe un contexto en el que este fenómeno se manifiesta: el juego social.

4. El juego social como segunda naturaleza

El juego social (*social play*) es un tipo de comportamiento en el que un animal juega con uno o varios individuos. El estudio de este comportamiento en animales siempre ha generado interrogantes desde el punto de vista de los beneficios que produce, dado los costos energéticos y los peligros que conlleva (contraer infecciones y provocar heridas o lesiones). La principal dificultad teórica que enfrentó el estudio del juego social desde sus inicios fue la falta de consenso sobre cómo definirlo ya que su función evolutiva permanece indeterminada. Por esta razón, los estudios empíricos realizados en las últimas dos décadas han privilegiado las definiciones que aluden a la estructura del juego y no a su función.

Bekoff y Allen²⁷ definen el juego como una actividad motriz realizada luego del nacimiento, aparentemente sin propósito, en la que se utilizan patrones motrices de otros contextos de formas modificadas, alterando las secuencias temporales en las que suelen ejecutarse normalmente. Cuando esta actividad está dirigida a otro ser viviente se la denomina juego social. Por su parte, Burghardt²⁸ sostiene que el

27 BEKOFF, M. y ALLEN, C., Intentional communication and social play: how and why animals negotiate and agree to play, en BEKOFF, M.: BYERS, J. A. (Eds.), *Animal Play: Evolutionary, comparative, and ecological perspectives*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998: 97–114.
28 BURGHARDT, G. M., *The genesis of animal play: Testing the limits*, Massachusetts, MIT Press, 2005.

comportamiento de juego sólo puede ser definido en contexto y se caracteriza por ser (a) no adaptativo en el contexto, (b) voluntario, placentero o gratificante, (c) estructural o temporalmente distinto de sistemas de comportamiento “serios” relacionados, (d) expresado repetidamente, usualmente durante el desarrollo y (e) iniciado en un contexto relativamente relajado. Ambas caracterizaciones resaltan la dependencia del contexto que existe para identificar este comportamiento dado que involucra los mismos patrones conductuales presentes en otros contextos, como la depredación o el emparejamiento. Lo distintivo del juego social, entonces, no es el tipo de patrón conductual que se ejecuta, sino la forma en la que se lo hace.

De acuerdo con lo dicho hasta aquí, para McDowell lo que los animales hacen y sienten responde a sus necesidades biológicas inmediatas. Sin embargo, esto no equivale a afirmar que la vida de los animales se reduzca a una lucha por mantener la existencia del individuo y de la especie, sino que “puede haber imperativos biológicos inmediatos que, como mucho, se conecten solo indirectamente con la supervivencia y la reproducción (por ejemplo, el impulso de jugar, que se halla en numerosos animales)”.²⁹ Con respecto al juego, aclara que “no siempre resulta claro que haya siquiera una conexión indirecta: ello depende de cuestiones como si el juego puede explicarse completamente en términos de, por ejemplo, entrenamiento de habilidades que han de precisarse para sobrevivir en circunstancias normales”.³⁰ Lo que McDowell sostiene aquí es lo que los biólogos y los etólogos denominan como la hipótesis del ajuste fino (*fine tuning*). Lo que esta hipótesis sostiene es que, al jugar, el individuo busca ajustar los patrones conductuales individuales en circunstancias en las que no tiene que pagar consecuencias severas por sus errores. De este modo, pueden experimentar con diferentes combinaciones de comportamientos que nunca se probarían bajo presión.³¹

Caracterizar el juego como un tipo de ensayo para futuras situaciones serias le permite a McDowell situarlo dentro de la esfera de los comportamientos que

29 MCDOWELL, J., *Mente y mundo*, Salamanca, Sígueme, 2003: 184.

30 *Ibid.*

31 Ver BRUNER, J., Nature and uses of immaturity, en CONNOLLY, K. J.: BRUNER, J. S. (Eds.), *The Growth of Competence*, New York, Academic Press, 1974: 11-48; y KLOPFER, P. H., “Sensory physiology and esthetics: Among many species play seems to be a guide for conscious action”, *American Scientist*, 1970: 58: 399-403.

responden, aunque de un modo indirecto, a una necesidad biológica. Camacho³² discute esta idea, planteando que el juego social no puede ser un ensayo para futuras situaciones serias ya que contiene movimientos y posturas que son propias del contexto lúdico. Algunos ejemplos de esto son los casos de auto-incapacitación (donde el individuo más fuerte contiene su fuerza para mantener la simetría con el individuo más débil), la alternación de las secuencias de movimientos por turnos, la generación de momentos de distracción entre secuencias de juego de pelea, o ciertas posturas específicas del juego. Incluso ejecutan movimientos irrelevantes para situaciones de pelea, como la postura arqueada que utilizan los cánidos para marcar el contexto lúdico, y lo hacen de forma necesaria durante el juego. Si todo lo que hacen los animales se enmarca dentro del plano de la necesidad biológica ¿por qué ensayan movimientos que son innecesarios para situaciones futuras?

Ahora bien, la discusión acerca de la función que cumple el juego corre el foco del verdadero aspecto interesante que este comportamiento plantea para el análisis filosófico. La cuestión, más bien, es que incluso si respondiera a una función biológica ¿por qué eso lo excluiría de ser un comportamiento intencional? De acuerdo con lo postulado por el propio McDowell, los seres humanos tenemos muchos comportamientos que responden a funciones biológicas, pero que están conceptualmente articulados debido a nuestra segunda naturaleza. Lo que quisiera plantear aquí es que lo que importa no es para qué se ejecutan ciertos comportamientos, sino qué es lo que se hace cuando se ejecutan. Es decir, lo fundamental es la cuestión de qué capacidades intervienen en ciertos comportamientos.

Según el enfoque de la competencia conceptual que quiero defender aquí, un individuo adquiere conceptos cuando aprende los procedimientos típicos de un grupo social.³³ El dominio de dichos elementos produce una resignificación de los

32 CAMACHO, F. J., *Spontaneity and non human animals: McDowell versus the bald naturalist*, [Tesis de maestría, San Francisco State University], 2016.

33 Glock problematiza la cuestión de la posesión conceptual y analiza los distintos enfoques que vinculan los conceptos con habilidades. Sin embargo, mi enfoque no está basado en los aportes de Glock, sino en la interpretación de Medina del enfoque pragmatista de los conceptos de Wittgenstein. Para un mayor desarrollo de estos enfoques ver Glock, H. J., ¿Qué son los conceptos?, en AGUILERA, M.: DANÓN, L.: SCOTTO, C. (Eds.), *Conceptos, lenguaje y cognición*, Córdoba, Editorial de la UNC, 2015: 47-87: y MEDINA, J., *The unity of Wittgenstein's philosophy: necessity, intelligibility, and normativity*, Albany, State University of New York Press, 2002.

elementos involucrados por parte de la criatura. De este modo, cuando esta percibe ciertos objetos, individuos o movimientos, lo hace bajo un aspecto específico. Dicho aspecto es el concepto que articula la representación perceptiva que la criatura tiene de algo y le permite “tomarlo *como*” otra cosa.

Así, cuando un animal aprende a jugar con otro de la forma que está aceptada en ese grupo, aprende a ver al otro ya no como un competidor o una posible pareja sexual (o, en términos mcdowellianos, como un problema o una oportunidad), sino como un compañero de juego. Un ejemplo de esto es el juego de colgarse de los bonobos (*Pan paniscus*). Según las observaciones reportadas por Behnke,³⁴ existen interacciones en las que el macho dominante de un grupo juega con una cría perteneciente a otro grupo. El adulto se sienta en la rama de un árbol, toma a la cría de una pata o de un brazo y lo balancea en el aire. La actitud corporal relajada y tranquila de la cría pone de manifiesto el consentimiento con la situación de juego, de la misma forma que la actitud de tranquilidad de los miembros del grupo del infante manifiesta una comprensión del contexto lúdico. Aquí, la percepción del otro *como* un compañero de juego funciona como una razón para asumir ciertas actitudes con el otro y para realizar ciertos movimientos durante ese contexto específico. Así pues, desde este enfoque práctico de la competencia conceptual, el bonobo podría no tener el concepto de “participación” en el juego, pero sí podría tener el de “individuos participantes” del juego o, incluso, los conceptos de los roles que cumplen en los juegos específicos (“colgantes”/“colgadores” en este caso).

El aspecto normativo de la competencia conceptual se encuentra presente en el juego social ya que este es un comportamiento que involucra cierto grado de aprendizaje de cómo deben ser hechas las cosas en cada contexto y en cada situación. En el caso de los animales, los estudios específicos sobre los mecanismos de aprendizaje que intervienen en el juego social son escasos. Hill, Dietrich y Cappiello³⁵ analizan el aprendizaje durante el juego en diversas especies en cetáceos. De acuerdo con estas autoras, aunque el aprendizaje por imitación parece ser el principal mecanismo involucrado en este comportamiento, existe evidencia de

34 BEHNCKE, I., “Play in the Peter Pan ape”. *Current Biology*, 2015: 25: R24-R27.

35 HILL, H. M.: DIETRICH, S.: CAPPIELLO, B., “Learning to play: A review and theoretical investigation of the developmental mechanisms and functions of cetacean play”, *Learn Behav*, 2017: 45: 335-354.

enseñanza entre animales. El caso que señalan es el de una madre delfín (*Tursiops truncatus*) que empuja a su cría hacia el agua luego de que esta se hubiera varado en la costa. Este caso es similar al de las orcas (*Orcinus orca*) que realizan varamientos intencionales durante el juego social.³⁶ El varamiento intencional es un comportamiento que normalmente se da en el contexto de caza, en el cual los cetáceos sacan la mayor parte de su cuerpo fuera del agua y luego reptan nuevamente hacia adentro. Este patrón conductual se da en pocas comunidades de orcas y requiere años de práctica para su experticia. Aunque todavía no existe demasiada evidencia de enseñanza y aprendizaje en animales en el contexto de juego, el desarrollo de estudios etológicos y experimentales de este aspecto podría traer importantes aportes a la hora de analizar la existencia de elementos normativos en el juego de las criaturas sin lenguaje.

Una de las particularidades del juego social es que involucra patrones conductuales propios de otros contextos, pero que, ejecutados en el contexto lúdico adquieren un status diferente a su sentido original. Esto último es especialmente importante porque la capacidad de articular respuestas distintas ante los mismos estímulos, en distintos contextos, da cuenta de cierta capacidad representacional conceptual en los animales. Norman, Pellis, Barrett y Henzi³⁷ demostraron que la postura “panza arriba” de los perros, que en contextos agresivos se utiliza para manifestar sumisión, durante el juego no sirve para predecir cuál es el individuo dominante entre los participantes. De igual forma, “el juego de la bola” en el que un bonobo persigue al otro en círculos y le agarra los testículos, representa un claro ejemplo de este punto.³⁸ En contextos agonísticos, agarrar los genitales de otro macho implica su subsiguiente mutilación. Sin embargo, durante el juego, la misma acción realizada de distinto modo adquiere un significado distinto. Esto sugiere que, en el contexto del juego, las acciones no se reducen a meros movimientos corporales, sino que adquieren el status de acciones intencionales, ya que son respuestas racionales a las percepciones del animal, cuyo contenido es conceptual

36 GUINET, C., “Intentional stranding apprenticeship and social play in killer whales (*Orcinus orca*)”, *Canadian Journal of Zoology*, 2011: 69: 2712-2716.

37 NORMAN, K.: PELLIS, S.: BARRETT, L.: HENZI, S. P., “Down but not out: supine postures as facilitators of play in domestic dogs”, *Behav Processes*, 2015: 110: 88-95.

38 BEHNCKE, I. “Play in the Peter Pan ape”, *Current Biology*, 2015: 25: R24-R27.

en un sentido mínimo. En términos del propio McDowell, la racionalidad de las respuestas del animal durante el juego articula de forma interna su consciencia perceptiva y su movilidad corporal.³⁹

En tanto que es un comportamiento que involucra el aprendizaje de la dimensión normativa propia del ejercicio de habilidades conceptuales, el juego social puede ser considerado una segunda naturaleza en un sentido mcdowelliano. McDowell sostiene que nuestra segunda naturaleza no introduce elementos que no sean animales en nuestra esencia. En otras palabras, la segunda naturaleza no es otra cosa más que las potencialidades con las que nacimos y una educación.⁴⁰ Además, sostiene que la adquisición de una segunda naturaleza tiene como particularidad el hecho de que engloba dentro de sí la capacidad de dar respuesta a los significados.⁴¹ En este sentido, los animales que participan del juego social califican como poseedores de una segunda naturaleza no lingüística que, aun así, los hace agentes intencionales. Esta segunda naturaleza le permite al animal distanciarse en cierta medida de lo directamente percibido en su entorno y genera un “*ver como*” distinto, que varían según el contexto. Hay una resignificación de los movimientos, de los individuos y las situaciones que involucra la capacidad de identificar lo que se percibe en función de un aspecto relevante para el animal y la capacidad de aprender de corregir la propia conducta en función de la adecuación de los propios movimientos en el contexto.

McDowell sigue a Wittgenstein en su afirmación de que nuestra segunda naturaleza es lingüística. El lenguaje es el depositario de nuestro conocimiento y nuestra cultura. Sin embargo, de esto no se sigue que esta noción de segunda naturaleza sea condición necesaria para actuar por razones. Si aceptamos que (a) las habilidades conceptuales no son una propiedad emergente de la capacidad lingüística, sino que estas son anteriores, y que (b) estas pueden desarrollarse de modo práctico, aun en ausencia de lenguaje, entonces podemos admitir que, (c) en ciertas circunstancias, los animales satisfacen las condiciones para ser poseedores de una segunda naturaleza de carácter conceptual.

³⁹ Ver MCDOWELL, J., The myth of the mind as detached, en: SCHEAR, J. (Ed.), *Mind, Reason and Being-in-the-world*. The McDowell-Dreyfus debate, Londres, Routledge, 2013: 41-58.

⁴⁰ MCDOWELL, J., *Mente y mundo*, Salamanca, Sígueme, 2003: 148.

⁴¹ *Ibid.*: 197.

Conclusión

La cuestión general que ha motivado este trabajo es la pregunta por la agencia intencional y su aplicación a los animales sin lenguaje. Específicamente, se intentó poner en cuestión la tesis de que la capacidad de actuar por razones es consecuencia de la competencia lingüística. Con este objetivo, se puso el foco en el análisis de la concepción de McDowell sobre la agencia intencional y se intentó mostrar que el carácter restrictivo de dicha concepción recae, en última instancia, en una falsa prioridad del papel que juega el lenguaje en la capacidad de actuar. Para McDowell, la capacidad para sopesar razones y decidir qué hacer es lo que define a los seres humanos como agentes intencionales. Sin embargo, no queda claro por qué la posibilidad de evaluar las propias razones para actuar debería ser una condición necesaria para actuar por una razón. Si se abandona esta herencia intelectualista que parece cargar McDowell, es posible pensar una noción de segunda naturaleza que funcione de modo similar a la que él quiere proponer, pero que no implique lenguaje y que, por lo tanto, sea extensiva a los niños prelingüísticos y a algunos animales no humanos. Esta noción de segunda naturaleza involucra la posesión de habilidades conceptuales que permitan a las criaturas resignificar su entorno y articular sus percepciones con sus respuestas conductuales de forma racional.

El desarrollo de este enfoque de la segunda naturaleza conceptual, pero no lingüística, no pretendió ser exhaustivo, sino apenas el esbozo de una propuesta inicial. La idea principal que se quiso sostener es que es posible encontrar transiciones inferenciales que se manifiestan conductualmente, pero que no requieren lenguaje de forma necesaria. La articulación de la percepción con el comportamiento en función de las habilidades conceptuales de la criatura se encuentra presente durante el juego social de ciertas especies de mamíferos. Cabe aclarar que, para sustentar de forma más acabada los argumentos aquí presentados, se requiere un mayor desarrollo de estudios que investiguen la relación entre aprendizaje y juego social por parte de la psicología comparada y la etología cognitiva. Sin embargo, aquí se intentó postular la idea general de que el juego

social posee ciertas características que lo convierte en un comportamiento relevante para el análisis filosófico. El rasgo característico de extraer patrones conductuales típicos de otros contextos y resignificarlos en el contexto actual, da cuenta de que la flexibilidad con la que los animales ejecutan ciertos movimientos depende de la forma en que perciben su entorno. Así pues, según lo que se argumentó, cuando aprenden a jugar según los criterios normativos del grupo, estos animales pueden percibir su entorno como algo más que una mera sucesión de problemas y oportunidades. Los movimientos que se articulan con estas percepciones no dan cuenta meramente de la autonomía de quien los ejecuta, como admite McDowell, sino que constituyen genuinas acciones intencionales, producto de las facultades racionales de la criatura.